

Cuento de invierno

Charles y Mary Lamb





<https://cuentosinfantiles.top>

Leontes, rey de Sicilia, y su reina, la bella y virtuosa Hermíone, convivían por aquel tiempo en la mayor armonía. Tan feliz era Leontes en su amor por esta dama excelente, que ninguno de sus deseos quedaba sin cumplir, salvo que a veces deseaba volver a ver a su viejo amigo y compañero de estudios Polixenes, rey de Bohemia, y presentárselo a su reina. Leontes y Polixenes habían crecido juntos desde su más tierna infancia pero, habiendo sido llamados a gobernar sobre sus respectivos reinos debido a la muerte de sus padres, hacía muchos años que no se encontraban, a pesar de que con frecuencia intercambiaban obsequios, cartas y embajadas cordiales.

Finalmente y después de insistentes invitaciones, Polixenes vino desde su corte de Bohemia a la de Sicilia a visitar a su amigo Leontes.

Al principio, la visita le resultó muy agradable a Leontes. Recomendó al amigo de su juventud a la reina, para que ésta le brindara atenciones especiales, y parecía que, contando con la presencia de su querido amigo, su felicidad se

veía colmada. Charlaban sobre los viejos tiempos; recordaban sus días escolares y sus travesuras juveniles, contándoselas a Hermíone, que siempre tomaba parte alegremente en estas conversaciones.

Cuando, tras una larga estancia, Polixenes se disponía a partir, Hermíone, de acuerdo con los deseos de su esposo, unió sus súplicas a las suyas para que Polixenes prolongara su visita.

Y en ese momento comenzaron las penalidades de la buena reina, pues Polixenes, que había rehusado quedarse ante las peticiones de Leontes, fue ganado por las palabras gentiles y persuasivas de Hermíone y postergó por algunas semanas su partida. Ante esto y a pesar de que hacía tantos años que Leontes conocía los principios honorables y la integridad de Polixenes, su amigo, así como la excelente disposición de su virtuosa reina, el rey de Sicilia fue presa de unos celos irrefrenables. Con cada atención que Hermíone brindaba a Polixenes, aunque obedeciera a los expresos deseos de su esposo y deseara agradarle simplemente, aumentaban los

desgraciados celos del rey; y de ser un amigo afectuoso y sincero y el mejor y más amable de los esposos, súbitamente Leontes se convirtió en un monstruo feroz e inhumano. Mandó buscar a Camilo, uno de los señores de su corte e, informándole de la sospecha que abrigaba, le ordenó que envenenara a Polixenes.

Camilo era un hombre bueno; y, sabiendo con certeza que los celos de Leontes no tenían el menor fundamento en la realidad, en vez de envenenar a Polixenes, le comunicó las órdenes de su señor y se avino a escapar con él lejos de los dominios de Sicilia; y Polixenes, con la ayuda de Camilo, llegó sano y salvo a su propio reino de Bohemia, donde Camilo vivió desde entonces en la corte del rey, convirtiéndose en el favorito y en el mejor amigo de Polixenes.

La huida de Polixenes encolerizó al celoso Leontes más aún; se dirigió a los aposentos de la reina, donde la buena dama se encontraba sentada en compañía de su hijito Mamilio, quien comenzaba a contar a su madre, para divertirla, una de sus mejores historias. En aquel momento hizo su entrada el rey y,

arrebatándole al niño, envió a Hermíone a prisión.

Mamilio, aunque era un niño de muy pocos años, amaba a su madre tiernamente; y al verla deshonrada, descubriendo que le había sido arrebatada para enviarla a prisión, lo tomó tan a pecho, que lentamente comenzó a languidecer y a morir de pena. Perdió el sueño y el apetito y se temía que el dolor acabaría con él.

El rey, una vez encarcelada la reina, encomendó a dos señores sicilianos, Cleomenes y Dión, que fueran a Delfos a preguntar al oráculo del templo de Apolo si la reina le había sido infiel.

Cuando llevaba algún tiempo en prisión, Hermíone dio a luz una niña y la pobre dama sintió un gran consuelo viendo a la hermosa criatura, a la que dijo:

—Mi pobre y pequeña prisionera, yo soy tan inocente como tú.

Hermíone tenía una amiga bondadosa en la persona de Paulina, mujer de espíritu noble

que estaba casada con Antígono, un señor siciliano, y cuando Paulina supo que su real señora estaba de parto, se dirigió a la prisión donde había sido confinada Hermíone, y le dijo a Emilia, la dama que se ocupaba de ella:

—Te ruego, Emilia, que le digas a la buena reina que, si su majestad se atreve a confiarme a la niña, yo la llevaré ante el rey, su padre. Quién sabe si, al ver a esta inocente niña, su corazón llegaría a ablandarse.

—Noble señora —replicó Emilia—, informaré a la reina de vuestro noble ofrecimiento; hoy mismo expresaba sus deseos de que alguna persona amiga osara llevar a la niña ante el rey.

—Y dile —dijo Paulina—, que hablaré a Leontes abiertamente en su favor.

—Recibid eternas bendiciones —dijo Emilia— por vuestra bondad para con nuestra graciosa majestad.

Emilia fue entonces en busca de Hermíone, quien entregó el bebé al cuidado de Paulina con gran satisfacción, pues temía que nadie

tendría el valor de llevar a la niña ante su padre.

Paulina se hizo cargo de la recién nacida, consiguió a toda costa que el rey la recibiera y, sin tomar en consideración a su marido, que, temeroso de la ira del rey, intentó detenerla, depositó al bebé a los pies de su padre, pronunciando un noble discurso en defensa de Hermíone, en el que reprochó severamente al rey su falta de humanidad y le imploró que tuviera piedad de la niña y de su inocente esposa. Pero la brillante amonestación de Paulina sólo agravó el rechazo de Leontes, quien ordenó a Antígono, su marido, que se la llevara de su vista.

Cuando Paulina se retiró, dejó a la niña a los pies de su padre, pensando que al encontrarse a solas con ella, él le dirigiría la mirada y se apiadaría de la inocencia desvalida.

La bondadosa Paulina se había equivocado, pues no bien hubo salido, el despiadado padre le ordenó a Antígono, el esposo de Paulina, que cogiera a la niña y la llevara, por mar, para dejarla morir en alguna playa desierta.

Antígono, al contrario que el buen Camilo, obedeció la orden de Leontes con demasiada fidelidad, pues se llevó inmediatamente a la niña a bordo de una nave y se hizo a la mar con la intención de abandonarla en la primera playa desierta que encontrara.

El rey estaba tan absolutamente convencido de la culpabilidad de Hermíone, que no esperó al regreso de Cleomenes y Dión, a quienes había enviado a consultar al oráculo de Apolo, en Delfos. Y antes de que la reina se hubiera recuperado de su alumbramiento y de la pérdida de su preciosa niña, la sometió a un juicio público ante todos los señores y nobles de su corte. Y cuando todos los grandes señores, los jueces y la nobleza del país se hallaban reunidos para juzgar a Hermíone, y la desgraciada reina se encontraba de pie, como un prisionero, para ser juzgada por sus súbditos, Cleomenes y Dión se presentaron ante la asamblea y entregaron al rey la respuesta del oráculo, que venía sellada; y Leontes ordenó que se rompiera el sello y que las palabras del oráculo fueran leídas en alta

voz, y éstas fueron sus palabras: «Hermíone es inocente, Polixenes no tiene culpa alguna, Camilo es un súbdito fiel, Leontes es un tirano celoso y el rey se quedará sin heredero si aquel que está perdido no aparece.» El rey no dio crédito a las palabras del oráculo; dijo que era falso y había sido inventado por los amigos de la reina y solicitó al juez que procediera a juzgar a la reina; pero mientras Leontes hablaba, entró un hombre y le dijo que el príncipe Mamilio, que había oído que su madre podía ser sentenciada a muerte, abatido por la pena y la vergüenza, había muerto de repente.

Hermíone, al enterarse de la muerte de su querido niño, tan afectuoso que había perdido la vida por la tristeza que le causaba su infortunio, cayó desvanecida; y Leontes, con el corazón herido por las noticias, comenzó a sentir piedad por la desdichada reina y ordenó a Paulina y a sus damas de compañía que se la llevaran y velaran por su recuperación. Paulina regresó muy pronto, informando al rey que Hermíone había muerto.

Cuando Leontes supo que la reina había muerto, se arrepintió de su crueldad con ella; y entonces, convencido de que su mal trato había destrozado el corazón de Hermíone, creía en su inocencia y también que las palabras del oráculo eran verdaderas, pues dedujo que el «si aquel que está perdido no aparece», se refería a su hija menor y que ya no tendría un heredero, habiendo muerto el joven príncipe Mamilio; y estaba dispuesto a renunciar a su reino con tal de recuperar a su hija. Leontes se sumió en los remordimientos y pasó muchos años de duelo, embargado de tristeza y arrepentimiento.

El barco en que Antígono llevaba a la princesita fue desviado por una tormenta hasta la costa de Bohemia, el mismo reino del buen rey Polixenes. Allí desembarcó Antígono y allí abandonó a la niña.

Antígono no regresó a Sicilia para contar a Leontes dónde había abandonado a su hija, porque cuando se dirigía hacia el barco, salió un oso del bosque y lo despedazó; un castigo

merecido por haber obedecido la despiadada orden de Leontes.

La niña estaba vestida y enjoyada ricamente, pues Hermíone la había arreglado con esmero antes de enviarla ante Leontes, y Antígono había prendido un papel a su manto donde había escrito el nombre de Perdita y algunas palabras que sugerían su noble cuna y su suerte adversa.

La pobre niña abandonada fue encontrada por un pastor. Se trataba de un hombre de buenos sentimientos, que se llevó a Perdita a su casa y la entregó a los tiernos cuidados de su mujer; pero la pobreza incitó al pastor a ocultar la fortuna que había llegado a sus manos, por lo que abandonó aquella región del país para que nadie supiera de dónde había conseguido sus bienes y, con una parte de las joyas de Perdita, compro rebaños de ovejas y se convirtió en un campesino muy acomodado. Educó a Perdita como a su propia hija y ella no llegó a saber que podía ser otra cosa que la hija de un pastor.

La pequeña Perdita creció y se convirtió en una encantadora doncella y, pese a no tener mayor educación que la propia de la hija de un pastor, los dones naturales que había heredado de su regia madre resplandecían a través de la incultura de su mente, de tal manera que nadie hubiera podido deducir, por su comportamiento, que no había sido criada en la corte de su padre.

Polixenes, el rey de Bohemia, tenía un hijo único, cuyo nombre era Florisel. En cierta ocasión en que el joven príncipe cazaba cerca de la morada del pastor, vio a la supuesta hija del anciano, y la modestia, belleza y regio comportamiento de Perdita lo hicieron enamorarse de ella al instante. Pronto, bajo el nombre de Doricles y con un disfraz de gentilhomme, se convirtió en visitante asiduo de la residencia del anciano pastor. Las frecuentes ausencias de Florisel de la corte alarmaron a Polixenes y dispuso que fuera vigilado, por lo que descubrió su amor por la bella hija del pastor.

Polixenes hizo llamar entonces a Camilo, el fiel Camilo que le había salvado la vida de la furia de Leontes, y le expuso su deseo de que lo acompañara a casa del supuesto padre de Perdita.

Polixenes y Camilo, ambos disfrazados, llegaron a la morada del pastor cuando se celebraba la fiesta de la esquila y, aunque nadie los reconoció, como todos los forasteros eran bienvenidos a la fiesta de la esquila, también a ellos los invitaron a pasar y a unirse a la diversión general.

Todo era jovialidad y alegría. Se dispusieron las mesas y se iniciaron grandes preparativos para celebrar el rústico festejo. En el prado, frente a la casa, bailaban algunos muchachos y muchachas, mientras otros jóvenes se dedicaban a comprar cintas, guantes y cosas por el estilo a un buhonero que había llamado a la puerta.

Mientras tenía lugar tan animada escena, Florisel y Perdita se encontraban sentados en un rincón apartado y tranquilo, al parecer más interesados en conversar que deseosos de

participar en los juegos y simples diversiones de los que los rodeaban.

El rey estaba disfrazado de tal guisa, que era imposible que su hijo pudiera reconocerlo, y por ello se aproximó lo suficiente como para oír la conversación. La manera sencilla, pero no falta de elegancia, de charlar Perdita con su hijo, sorprendió no poco a Polixenes, que dijo a Camilo:

—Esta es la muchacha de humilde cuna más bonita que he conocido; todo lo que hace, o dice, la hace parecer algo superior a ella, demasiado noble para este lugar.

—Desde luego es la flor y nata de la reunión —replicó Camilo.

—Por favor, mi buen amigo —dijo el rey al pastor—, ¿quién es el gentil doncel que conversa con vuestra hija?

—Le llaman Doricles —respondió el pastor—. Él dice que ama a mi hija y la verdad es que sería difícil decir cuál de los dos ama al otro más profundamente. Si el joven Doricles la

consigue, ella le ofrecerá lo que él ni siquiera se imagina.

Con esto se refería al resto de las joyas de Perdita; pues, tras haber adquirido algunos rebaños de ovejas con una parte de ellas, el pastor había guardado cuidadosamente el resto para su dote.

Polixenes se dirigió entonces a su hijo:

—Y bien, joven —le dijo—, tu corazón parece repleto de algo que te distrae de los festejos. Cuando yo era joven, acostumbraba a colmar a mi amada de regalos, pero tú has dejado que el buhonero se marche y no le has comprado a tu doncella ni un obsequio.

El joven príncipe, que poco sabía que estaba hablando con el rey, su padre, replicó:

—Respetable señor, ella no aprecia tales insignificancias; los regalos que Perdita espera de mí, los guarda mi corazón.

Y luego, volviéndose hacia Perdita, le dijo:

—Oh, escúchame, Perdita, delante de este anciano señor, que parece haber estado, en su tiempo, enamorado: él oirá lo que te prometo.

Florisel llamó entonces al anciano extranjero para hacerlo testigo de la promesa solemne de matrimonio que hiciera a Perdita, diciendo a Polixenes:

— Os ruego que confirméis nuestro compromiso.

— ¡Confirmad vuestro divorcio, joven señor! — dijo el rey, descubriendo su identidad.

Y Polixenes le reprochó entonces a su hijo que se hubiera atrevido a comprometerse con una muchacha del pueblo y llamó a Perdita «pastorzuela, cayado de ovejas» y otros apelativos despectivos, amenazándola con que, si alguna vez permitía a su hijo volver a verla, la condenaría a ella y también al viejo pastor, su padre, a una muerte terrible.

El rey se marchó en seguida, iracundo, y ordenó a Camilo que lo siguiera en compañía del príncipe Florisel.

Cuando el rey hubo partido, Perdita, cuya naturaleza regia se había despertado ante los insultos de Polixenes, dijo:

—Aunque estemos perdidos, no he tenido demasiado miedo, y una o dos veces estuve a punto de hablar y de decirle que el mismísimo sol que brillaba sobre su palacio no se esconde sobre nuestra choza, sino que alumbra de la misma manera.

Y luego añadió tristemente:

—Pero ahora he despertado del sueño y ya no lo seguiré abrigando. Dejadme, señor. Iré a ordeñar mis ovejas y a llorar.

El bondadoso Camilo había quedado encantado con el ánimo y la decorosa conducta de Perdita y, comprendiendo que el joven príncipe estaba demasiado enamorado como para renunciar a su dama por orden de su padre, pensó en una manera de reconciliar a los enamorados, ejecutando al mismo tiempo un plan que acariciaba en la mente.

Hacía mucho tiempo que Camilo sabía que Leontes, el rey de Sicilia, se había convertido en un sincero penitente, y aunque Camilo era el amigo que gozaba del favor del rey Polixenes, no podía evitar el deseo de volver a ver su tierra natal y a su antiguo rey y señor. Así que

propuso a Florisel y Perdita que los acompañaría a la corte de Sicilia, donde podría conseguir la protección de Leontes para ellos, hasta que, mediante sus buenos oficios, pudieran conseguir que Polixenes los perdonara y consintiera su matrimonio.

Ellos accedieron a esta oferta con grandes muestras de alegría y Camilo, que se hizo cargo de todos los preparativos relativos a la fuga, permitió que el anciano pastor los acompañara.

El pastor se llevó el resto de las joyas de Perdita, las ropas con las que la había encontrado y el papel que llevaba prendido en su manto.

Tras un feliz viaje, Florisel y Perdita, Camilo y el viejo Pastor llegaron sanos y salvos a la corte de Leontes. Leontes, que aún guardaba luto por su difunta Hermíone y por su hija desaparecida, recibió a Camilo muy bondadosamente y dio su cordial bienvenida al príncipe Florisel. Pero Perdita, a quien Florisel presentó como princesa, pareció cautivar toda la atención de Leontes, quien notó un parecido

entre ella y la difunta reina Hermíone; y esto hizo que su dolor se reavivara diciéndose que tan encantadora criatura bien podría ser su propia hija si él no la hubiera destruido con tanta crueldad.

—Y de esa forma —le dijo a Florisel—, también perdí la compañía y la amistad de tu respetable padre, a quien ahora deseo volver a ver aunque ello me cueste la vida.

Cuando el viejo pastor supo cuánto interés había despertado Perdita en el rey, y que éste había tenido una hija que había sido abandonada recién nacida, comenzó a comparar el momento en que había encontrado a Perdita y la forma en que había sido abandonada, con las alhajas y otras muestras de su noble cuna; de todo lo cual resultaba imposible no llegar a la conclusión de que Perdita y la desaparecida hija del rey eran la misma persona.

Florisel y Perdita, Camilo y la fiel Paulina estaban presentes cuando el anciano pastor relató al rey la forma en que había hallado a la niña, y también las circunstancias en que

Antígono encontró la muerte, pues había presenciado cómo el oso lo devoraba. Entonces les presentó el rico manto con que Paulina recordaba que Hermíone había envuelto a la niña y asimismo una preciosa alhaja que Hermíone le había puesto alrededor del cuello, cosa que Paulina también recordaba y, finalmente, el pastor hizo entrega del papel, cuya escritura Paulina reconoció como de su marido. Y no cupo duda de que Perdita era la hija de Leontes, lo que sumió a Paulina en una noble lucha en la que sus sentimientos de dolor por la muerte de su esposo se oponían a la alegría de ver cumplida la profecía del oráculo, habiéndose encontrado heredero para el rey en su hija tan largamente perdida. Cuando Leontes supo que Perdita era su hija, lo embargó la enorme tristeza de que Hermíone no viviera para contemplarla y durante mucho tiempo no fue capaz de decir más que:

—Ay, vuestra madre, vuestra madre.

Paulina interrumpió esta escena feliz aunque desgarradora, diciéndole a Leontes que ella tenía una estatua recién terminada por un

excepcional maestro italiano, Julio Romano, que había conseguido un parecido con la reina tan perfecto, que si su majestad accedía a ir a su casa a verla quedaría casi convencido de que se trataba de la verdadera Hermíone. Todos se pusieron en camino; el rey ansioso por ver la imagen de su Hermíone y Perdita deseosa de conocer el aspecto de la madre a quien nunca pudo ver.

Cuando Paulina apartó la cortina que ocultaba la famosa estatua, ésta guardaba tanta semejanza con Hermíone, que todo el dolor del rey se avivó al verla y lo dejó incapaz de hablar o de moverse durante un buen rato.

—Me complace vuestro silencio, mi señor — dijo Paulina—, que evidencia vuestro asombro. ¿No es cierto que la estatua se parece mucho a la reina?

—Ahí está, con la misma majestad que cuando la herí por primera vez —dijo el rey finalmente—. Sin embargo, Paulina, Hermíone no tenía tantos años como aparenta en esta estatua.

—Lo que dice mucho en favor del escultor — replicó Paulina—, pues la ha representado

como si hubiera vivido hasta ahora. Pero permitidme que corra la cortina, señor, no sea que creáis que tiene movimiento.

—No corras la cortina —dijo el rey entonces—. Quisiera haber muerto. Fíjate bien, Camilo, ¿no dirías que ha respirado? Sus ojos parecen tener movimiento.

—Debo correr la cortina, mi señor —dijo Paulina—. Estáis tan arrobado que terminaréis por convenceros de que la estatua tiene vida.

—Oh, dulce Paulina —dijo Leontes—, veo veinte años al mismo tiempo, y aún pienso que un aliento emana de ella. ¿Qué fino cincel sería capaz de dar forma a la respiración? Que nadie se burle de mí, porque voy a besarla.

—Oh, mi señor, absteneos —dijo Paulina—. El color de sus labios está todavía húmedo; manchareis los vuestros con el aceite de la pintura. ¿Puedo correr la cortina?

—No, no estos veinte años... —dijo Leontes.

Perdita, que durante toda esta escena había permanecido de rodillas contemplando en

silenciosa admiración la estatua de su inigualable madre, dijo en ese momento:

—Y ese mismo tiempo podría quedarme así, mirando a mi querida madre.

—Debéis controlar este delirio —dijo Paulina a Leontes—; permitidme correr la cortina o preparaos para un asombro aún mayor. En efecto, puedo hacer que la estatua cobre movimiento y baje del pedestal y os coja de la mano. Pero entonces pensaréis, y yo sostengo que no es así, que me asisten poderes malignos.

—Me alegra oír lo que puedes hacer con ella —dijo el maravillado rey—, pues será tan sencillo hacerla hablar como moverse.

Paulina entonces ordenó que sonara una música lenta y solemne que tenía preparada para ese momento, y para asombro de todos los espectadores, la estatua bajó de su pedestal y echó sus brazos al cuello de Leontes. La estatua comenzó a hablar entonces, pidiendo bendiciones para su esposo y para su pequeña, la recién hallada Perdita.

No era un prodigio que la estatua se abrazara al cuello de Leontes y bendijera a su esposo y a su hija. No era un prodigio, pues la estatua no era otra que la misma Hermíone, la auténtica, la reina en persona.

Paulina había informado al rey de la muerte de Hermíone, pero era falso; pensaba que la única manera de salvar la vida de su regia señora era ésa, y desde entonces la reina había vivido con la buena Paulina, sin querer jamás que Leontes supiera que vivía hasta que supo que Perdita había sido hallada, pues si bien hacía mucho que había perdonado el daño que Leontes le había infligido, no podía perdonar su crueldad con su hijita recién nacida.

Y habiendo vuelto a la vida la difunta reina de este modo, y recuperada su hija, Leontes, que llevaba tantos años de sufrimiento, apenas podía soportar tal exceso de felicidad.

Por todas partes no se oyeron más que felicitaciones y discursos afectuosos. Y los felices padres le agradecían al príncipe Florisel que hubiera querido a su hija cuando su origen parecía humilde y también bendecían al viejo

pastor por haberles salvado a la pequeña. Camilo y Paulina estaban encantados de haber vivido para llegar a ver tan inmejorable fruto de sus leales servicios.

Y para que no faltara nada para completar tan extraña e inesperada alegría, en aquel mismo momento el propio rey Polixenes entró en el palacio.

Cuando Polixenes comenzó a notar la ausencia de su hijo y de Camilo, y sabiendo que Camilo hacía tiempo que deseaba regresar a Sicilia, llegó a la conclusión de que allí encontraría a los fugitivos y, partiendo rápidamente tras ellos, le cupo la suerte de llegar justo en el momento más feliz de la vida de Leontes.

Polixenes tomó parte en la alegría general, perdonó a su amigo Leontes por los infundados celos que había concebido contra él, y una vez más se quisieron con el mismo calor de su amistad de infancia. Ya no había razón para temer que Polixenes se opusiera al enlace de su hijo con Perdita. Ya no se trataba de una «pastorzuela», sino de la heredera de la corona de Sicilia.

Y así hemos llegado a ver cómo la paciencia de la sufriente Hermíone fue finalmente recompensada. La excelente dama vivió aún muchos años en compañía de su Leontes y su Perdita, siendo la más feliz de las madres y de las reinas.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>